

Siga a ese zapato

A las tres menos diez de la tarde el agente Abel Olmedo estaba leyendo una pequeña biografía de John Wayne, su ídolo de siempre, apoyado en la pared de la entrada. Siempre había bullicio en la comisaría de la calle Luna, aunque no parecía sacarle de su trance lector. Ahí estaba él, aislado del ruido y de las conversaciones sin dueño, empapándose de las anécdotas del Duque, cuando un hombre enfundado en un frac negro, bastón y sombrero de copa, entró a la velocidad de un tornado que toca tierra. Se apoyó en el mostrador y jadeó unos segundos, recuperando el aliento. El agente Olmedo se limitó a radiografiarlo de arriba abajo, con cierta indiferencia, a juzgar por la lentitud y sonoridad con la que mascaba su chicle, similares a las de una vaca paciendo hierba.

Tras devolver algo de oxígeno a sus pulmones, Eusebio consiguió hablar.

– Agente, ha ocurrido una tragedia. Me acaban de robar ... los zapatos.

De haber estado tomando un café o cualquier elemento líquido en ese momento, sin duda el policía se lo habría escupido en la cara. Dejó de mascar, eso sí.

– ¿Los zapatos? – el oficial bajó la mirada y confirmó que, efectivamente, los pies de aquel hombrecillo sólo estaban vestidos por calcetines de aspecto barato.

– Mis zapatos, sí. Tiene que encontrarlos, se lo suplico.

La gran revelación causó el efecto contrario al que el Eusebio esperaba, ya que el agente fingió con la voz el timbre de un teléfono y se apartó con el móvil en la oreja disimulando una conversación con su urólogo.

– No lo entiende... Necesito recuperarlos. ¡Es cuestión de vida o muerte!

Aquel grito trajo consigo un silencio sepulcral en la comisaria. Policías y maleantes giraron sus cuellos hacia Eusebio, que respiraba con fuerza, en silencio, contoneando sus hombros torpemente en cada expiración. También había empezado a asomar una vena del tamaño de un junco en su frente, lo cual era una señal inequívoca de que aquel asunto revestía importancia. El agente Olmedo empezó a pensar que debía tomar cartas en el asunto y seguirle el juego un rato, con el sano fin de no tener que dispararle con el *táser* y dejar que se agitara en el suelo como un atún fuera del agua.

De ese modo pidió a Eusebio que le acompañase a una sala vacía de la comisaría. Una vez allí, cerró la puerta y se sentaron el uno frente al otro. Pasaron algunos segundos hasta que el agente decidió iniciar el interrogatorio.

– Muy bien, señor Marcenado, le tomaré declaración y pondré de inmediato a todo el Departamento de Zapatería Desaparecida en ello, ¿le parece?

Esbozó una sonrisa socarrona mientras dibujaba mentalmente a Eusebio siendo perseguido por enfermeros de uniforme blanco con cazamariposas.

– Guárdese su sarcasmo, agente. No hablamos de unos mocasines banales o de unos náuticos cualesquiera, hablamos de unos zapatos únicos en el mundo.

– ¿Y qué tienen de especial, si puede saberse?

– Va a pensar que estoy loco.

– Demasiado tarde para eso, amigo.

– Está bien... – tomó una honda bocanada de aire – Son los de Fred Astaire.

– Perdón, no le he oído – lo había oído, pero quería cerciorarse una vez más.

– He dicho que los zapatos son... los de Fred Astaire.

Aquella frase quedó suspendida en el aire, haciendo que el ambiente se tensase como la cuerda de un contrabajo.

– ¿Fred Astaire? ¿El bailarín? – Eusebio asintió – A ver, no es que no le crea, es que me sorprende que no esté abrazado a una camisa de fuerza.

El agente amagó con salir por la puerta, pero Eusebio le retuvo, suplicante.

– Le estoy diciendo la verdad.

– ¿Y cree que yo no?

– Por favor, déjeme que se lo explique, agente.

Olmedo le miró y pensó que no tenía nada mejor que hacer hasta la comida. Así que volvió a sentarse y le hizo un gesto con la mano para que arrancase.

– Todo empezó la semana pasada, cuando me topé con Cristóbal Valero, un viejo amigo de la universidad. Al principio traté de esquivarle cuando le reconocí, pues en aquellos tiempos le consideraba un cretino integral, y no quería confirmar si los años le habían modificado un ápice su carácter ególatra y memo. Pero en mi afán de cruzar la calle a destiempo, tropecé con un bolardo y mi rostro al completo fue a parar contra el asfalto y sentí que mi nariz encontró una nueva localización corpórea en mi nuca. Marcelo acudió en mi ayuda, yo me hice el sorprendido, aunque no lo recuerdo bien, en aquel momento yo tenía la misma capacidad intelectual de

un geranio. Sugirió que nos tomásemos un café para ponernos al día y yo accedí emitiendo un balbuceo, típico de los que acaban de sufrir una conmoción cerebral severa.

Olmedo profirió un sonoro bostezo que Eusebio captó al instante, y supo que debí acelerar los acontecimientos para evitar el efecto somnífero de su relato.

– Fuimos a una terraza cercana y Cristóbal empezó señalando que los años me habían tratado mal, lo cual me confirmó que seguía siendo un cretino de arriba abajo. Pero enseguida reparé en sus zapatos, tal vez porque se los quitó y los puso sobre la mesa. El caso es que me llamaron poderosamente la atención. A simple vista parecerían unas zapatillas de andar por casa, pero tenían algo raro, especial, un noséqué... Le pregunté por ellos y él me respondió: “¿Recuerdas que siempre quise aprender artes marciales pero que por culpa de mis pies planos como una tabla de cocina era incapaz de dar dos patadas al aire sin caerme?” Yo asentí rememorando la inexistente curvatura de sus extremidades inferiores. Él prosiguió: “Pues abre bien los ojos ahora, muchacho”. Se volvió a calzar sus zapatillas de lona de algodón y cáñamo, con suela de goma, y se colocó en mitad de la acera, para acto seguido arrancarse a lanzar una coreografía de *kung fu* milimétrica, que arrancó los aplausos de la multitud desconocida. Mis ojos se abrieron hasta alcanzar el diámetro de dos posavasos al presenciar ese acto plagado de precisión y de magnetismo, cuyo ejecutor era un ser humano que siempre tuvo la agilidad de una estatua griega.

El agente Olmedo frunció el ceño y se rascó compulsivamente su bigotillo.

– ¿Y por qué rayos le salió tan bien? ¿Había dado clases o algo?

– ¡No! ¡Esa es la historia! Fue por el calzado – tomó aire y dijo a modo de confidencia– Eran las zapatillas de Bruce Lee. Él sólo dejó que se movieran y de pronto marcaba patadas y rodillazos a la altura de mi cabeza. Dos de ellos me dieron de lleno. Dijo que fueron sin querer, pero le creí a medias.

– Ya veo... que eran las zapatillas de Bruce Lee – se incorporó sobre la mesa y olfateó como un sabueso a Eusebio.

– ¡No he bebido, oiga! ¡Le digo que las zapatillas del pequeño dragón de las artes marciales estaban en los pies del zopenco de Cristóbal Valero!

El policía se recostó en el respaldo de la silla, sin apartar la mirada y con el rostro arrugado. Se podía intuir que los engranajes de su cerebro estaban a pleno

rendimiento, girando y girando, buscando una explicación racional y coherente. Aunque no era una historia de fácil digestión, trato de rascar más hondo.

– Supongamos que eso es cierto y que yo no crea que usted es el mejor candidato para recibir una lobotomía, ¿cómo se hizo con unas piezas de ese tipo?

– A eso voy, me habló de una zapatería clandestina en un edificio en ruinas de en las afueras: “Los pies ajenos”. Un local especializado en calzado, digamos, extraordinario. Le pondré un ejemplo, si uno quiere jugar al fútbol como Maradona, va a allí y le confeccionan las botas que llevaba en el Mundial de México. El precio no será bajo, pero le puedo asegurar que al día siguiente estará regateando rivales como el astro argentino. O pongamos que su mujer trabaja lejos y quiere teletransportarse a casa al terminar la jornada; bastará con que se rasque el bolsillo y le compre los zapatos de rubí de la Dorothy de “*El mago de Oz*”, y en cuestión de golpear un par de veces los talones entre sí, su esposa estará descansando en el sofá con una sonrisa de oreja a oreja.

– ¿Me está diciendo que en esa tienda no sólo diseñan zapatos famosos, sino que además les dotan de las cualidades y virtudes de la persona que los llevaba?

A Eusebio le sorprendió gratamente que empezase a comprender la dimensión de aquel hallazgo. Sabía que no era sencillo entrar, pero si lo hacía, no había vuelta atrás.

– Ciertamente, esa es una gran definición.

– ¿Cualquier calzado?

– Cualquier calzado.

– ¿Las botas de cowboy de John Wayne en *Centauros del desierto*?

– O los zapatos de cristal de La Cenicienta. O las chanclas de Gandhi. O las zapatillas de boxeo de Mohammed Alí en el combate contra Foreman. No hay límites.

– Es increíble – no daba crédito todavía – O sea, que si yo quisiera regalarle a mi sobrino las zapatillas que usó Usain Bolt en las Olimpiadas de Pekín de 2008...

– Mañana el crío correría los cien metros lisos en menos de diez segundos, sí.

El agente Olmedo se levantó como un resorte de la silla, la curiosidad había empezado a viajar incontrolable por sus venas. Por fin una sonrisa asomó en su cara. Su sobrino tenía la semana que viene una carrera entre colegios y la tentación de convertirle en poco menos que en un cohete humano, iba en aumento.

- Piense, agente, que mi padre odia cocinar, de ahí que le regalase por Navidad varios pares de los zapatos comestibles de Chaplin en *La quimera del oro*. Y mi chaval juega al baloncesto en las canchas del barrio. No le conoce, es un muchacho con la cintura menos rígida que he visto en mi vida, tarda varios minutos en girarse y mirar hacia atrás, pero gracias a las zapatillas que Michael Jordan calzó en el concurso de mates del 92, ahora se cuelga del aro como si sus pies tuviesen muelles.

- Es algo sensacional. Todavía me cuesta creerlo...

- Por eso necesito que encuentre mis zapatos robados de Fred Astaire. En unas horas tengo una gala con mi grupo de baile y soy el número estrella. Siempre he querido ser bailarín, pero tengo miedo escénico... y unos juanetes en cada pie como dos ramilletes de coliflor.

Por primera vez el agente Olmedo veía la gravedad del asunto y comprendió la enorme pérdida que suponía para el pobre Eusebio. Justo en ese momento un policía irrumpió en la sala de golpe para notificar que habían recibido un extraño aviso en la centralita.

- Alguien ha llamado diciendo que un tipo está bailando por entre las mesas de una terraza, tirando sillas y molestando a la gente - sacó un post-it y lo leyó - Dicen que no para de gritar: "¡que alguien acabe con esto, por favor, mis pies van por libre! ¡Odio bailar! ¿Qué clase de brujería es esta?".

Olmedo y Eusebio se miraron victoriosos. Y salieron a la carrera. El vehículo policial voló por la ciudad mientras la sirena tronaba y apartaba el camino de coches como Moisés abría el Mar Rojo.

Efectivamente, en la terraza de una plazoleta del centro, había un individuo que bailaba claqué de forma incontrolada, a modo de indio cherokee que invoca la lluvia con una danza hecha de espasmos corporales. Se subía a las mesas mientras taconeaba rítmica y milimétricamente las coreografías de *Bodas reales* y *Sombrero de copa*.

Un certero porrazo en la base de la cabeza sirvió para acabar con su trajín.

Eusebio recuperó sus añorados zapatos, llegó a tiempo para la representación y fue, sin duda alguna, el más vitoreado por los asistentes. Regaló a su esposa los originales de Ginger Rogers, y se montaron un espectáculo conjunto de claqué. Tuvieron éxito hasta que se deformaron los tobillos y juanetes de tanto bailar. En la actualidad sólo pueden calzar pantuflas anónimas y cotidianas.

El agente Olmedo terminó encontrando, no sin cierta dificultad, la tienda “Los pies ajenos”. Se trataba de un pequeño local sin cartel ni seña de identificación, en un recóndito edificio de un polígono en decadencia. Allí un misterioso coreano te entregaba un álbum pesado como un yunque, que contenía una lista de zapatos famosos y te dejaba unos minutos para vieras el voluptuoso abanico de posibilidades.

Una vez que elegías el calzado deseado, abonabas el precio marcado en la pegatina de cada fotografía. Siempre en efectivo, si Hacienda olía eso sería una bicoca. Luego el escurridizo oriental desaparecía tras una cortina que, supuestamente, daba a un taller, desde el que salía una extraña sinfonía de martillazos, sierras, fogonazos de soplete y taladros de todo tipo.

El agente Olmedo por fin compró las zapatillas de velocista jamaicano para su sobrino, que ganó la medalla de oro, aunque se la tuvieron que dar a la carrera ya que no encontraba la forma de frenar. Necesitaron varios dardos narcóticos en el cuello para derribarlo.

En última instancia se dio el capricho personal de agenciarse con las botas de cowboy que John Wayne portaba orgulloso en la película *Centauros del desierto*. Era un sueño infantil que jamás creyó poder materializar. Hasta ese momento.

Se puede asegurar sin temor que ningún agente policial ha entrado jamás con tanta prestancia y solemnidad en la comisaría de la calle Luna. Dos días después se perforó la espinilla con una espuela al cruzar las piernas sobre la mesa, pero aquello era un precio demasiado bajo por estar en los pies de su ídolo.